



Seis curiosidades de *El juguete rabioso*

Fernando Sorrentino

[Localice en este documento](#)

1. Lucha entre un fabricante y un propietario

En mis tiempos de alumno del Colegio Nacional Nicolás Avellaneda (1956-1960), *El juguete rabioso* (1926), de Roberto Arlt, no era libro de lectura escolar. De manera que, por mi cuenta y riesgo, compré y leí en esos días la edición de la Biblioteca Contemporánea, de la Editorial Losada. Unos años más tarde adquirí los dos tomos (1963) de sus *Novelas completas y cuentos*, que acababan de ser publicados en Buenos Aires por la ahora extinta Compañía General Fabril Editora, y entonces regalé no sé a quién el anterior librito anaranjado.

En la página 37 (de la edición de Fabril) leemos:

Enrique tenía catorce años cuando engañó al fabricante de una fábrica de caramelos, lo que es una evidente prueba de que los dioses habían trazado cuál sería en el futuro el destino del amigo Enrique.

En esta oración, cuyo rabo es espejo de su cabo, hay una inexactitud léxica. Pues un *fabricante de una fábrica de caramelos* no es *a)* “una persona que fabrica caramelos” sino *b)* “una persona que fabrica una fábrica de caramelos”. Pero, sin duda, Arlt no quiso expresar *b)* sino *a)*, a saber:

Enrique tenía catorce años cuando engañó al propietario de una fábrica de caramelos.

Hará unos meses (o sea, nada menos que unos cuarenta años más tarde), compré *El juguete rabioso* de la Colección Austral (1993), cuya edición preparó y prologó Ricardo Piglia. En la página 31 se lee: “Esta edición sigue la publicada por Editorial Latina en octubre de 1926”; en la 36:

Enrique tenía catorce años cuando engañó al propietario de una fábrica de caramelos.

Los mecanismos de la memoria son imprevisibles. Al instante recordé que, en la edición de Fabril, no decía *propietario* sino *fabricante*.

¿Es posible -me pregunté- que, en la edición de Austral, alguna mano invisible le haya enmendado la plana a Arlt?

Como el único modo de saberlo era consultar el libro de la Editorial Latina, eso fue lo que hice (en la biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires), y verifiqué que esa primera edición registra *propietario* y no *fabricante*.

De esto infiero que, revisadas las pruebas de la novela en la Editorial Latina, algún anónimo corrector, con buen criterio, eliminó *fabricante* y colocó *propietario*.

Entonces, ¿por qué reaparece *fabricante* en la edición de Fabril? La conjetura verosímil es que, en lugar de reproducir el texto de Latina, esta edición volvió a basarse en el original de Arlt, donde, claro está, el vocablo *fabricante* no había sido reemplazado por *propietario*.

2. Buhardilla en el zaguán

El primer párrafo de la novela dice:

Cuando tenía catorce años me inició en los deleites y afanes de la literatura bandoleresca un viejo zapatero andaluz que tenía su comercio de remendón junto a una ferretería de fachada verde y blanca, en el zaguán de una casa antigua en la calle Rivadavia entre Sud América y Bolivia.

Puesto que Sud América es la actual Artigas, la acción se sitúa a cien metros de la plaza Juan Martín de Pueyrredón, en el corazón del barrio de Flores.

Desde luego, si el taller del remendón funcionaba en las reducidas dimensiones de un zaguán, no podía ser otra cosa que un *cuchitril* (como lo denomina Arlt en el segundo párrafo). En el decimoquinto, lo llama *mansarda*:

En la mansarda, apestando con olores de engrudo y de cuero [...].

¿Qué cosa es una *mansarda*? El DRAE nos informa:

mansarda. (Del fr. *mansarde*, y este de *F. Mansart*, 1598-1666, arquitecto francés que generalizó su uso y a quien se le atribuye erróneamente la invención). f. **buhardilla**.

Creo que Arlt pensó el vocablo *mansarda* -de lúgubre sonido- como sinónimo de *cuchitril*, *tugurio*, *sucucho*, *espelunca* o cualquier otro término que dé idea de cueva o agujero sórdido.

Ahora bien, como *buhardilla*, en su segunda acepción, significa *desván*, o sea (DRAE) “parte más alta de la casa, inmediatamente debajo del tejado, que suele destinarse a guardar objetos inútiles o en desuso”, es evidente que ni el zaguán del zapatero andaluz ni ningún otro zaguán del mundo podrían disponer de una buhardilla o de un desván.

El zaguán perdura aún en las numerosas casas llamadas *de los albañiles italianos* (la media casa romana anterior a 1930), y, sin ninguna duda, el zapatero andaluz trabajaba en una casa de éstas: sin desván y sin tejado.

3. La mulata blanca y los gitanos necrófagos

Cuando se perpetra el robo en la biblioteca de la escuela, Enrique Irzubeta y Silvio Astier (“Los ladrones” del capítulo I) revisan los libros. Encuentran *Charles Baudelaire. Su vida*; Silvio lee en voz alta:

Yo te adoro al igual de la bóveda nocturna
¡oh! vaso de tristezas, ¡oh! blanca taciturna,
[...]
y vamos a los asaltos, vamos,
como frente a un cadáver, un coro de gitanos.

Baudelaire había escrito:

Je t'adore à l'égal de la voûte nocturne,
O vase de tristesse, ô grande taciturne,
[...]
Je m'avance à l'attaque, et je grimpe aux assauts,

Comme après un cadavre un chœur de vermisseaux,
[...].

Teodosio Muñoz Molina prologó y anotó otra edición de *El juguete rabioso* (Buenos Aires, Espacio, marzo de 1993). Como la versión española es absurda, Muñoz Molina aporta, al pie de la página 70, su propia traducción. Es evidente que *Je m'avance à l'attaque, et je grimpe aux assauts* tiene más afinidad con “me adelanto al ataque y trepo en los asaltos” que con “y vamos a los asaltos, vamos”; además, el vocablo francés *grande* no significa ‘blanca’ sino ‘grande’, y *vermisseaux* quiere decir ‘gusanos’ y no ‘gitanos’. Muñoz Molina comenta:

Resulta imposible imaginar a Baudelaire llamando “blanca taciturna” a la Duval, su amante mulata, a quien iban dirigidos estos versos.

Versos, por supuesto, carentes de sentido, lo que no impide que Silvio comente:

-Che, ¿sabés que esto es hermosísimo?

Muñoz Molina atribuye los dislates a “las pésimas traducciones que corrían en la época”. Sin dejar de admitir tal posibilidad, creo que, en este caso puntual, el lector es más culpable que el traductor.

Por la fecha de publicación (1926) de la novela, supuse que Arlt citaba por la clásica traducción de Eduardo Marquina (*Las flores del mal. Poesías*, Madrid, 1905), traducción que, según creo, es la única anterior a *El juguete rabioso*.

En la biblioteca de la Academia Argentina de Letras pude consultar este libro y comprobé que las *Poesías* están “precedidas de una noticia biográfica por Teófilo Gautier”, información que me remite al libro que Arlt menciona como *Charles Baudelaire. Su vida*.

Luego verifiqué coincidencias y divergencias respecto de los cuatro versos consignados por Arlt. En la página 127 don Eduardo tradujo con estos alejandrinos:

Te adoro, como adoro la bóveda nocturna.
¡Oh, vaso de tristezas, oh, blanca taciturna!
[...]
Yo renuevo el ataque y los asaltos vanos,
como frente a un cadáver un coro de gusanos.

Vemos que son licencias de Marquina poner ‘blanca’ por *grande* y, con el fin de encontrar rima para ‘gusanos’, adjetivar con ‘vanos’ a los asaltos

En este punto, ya no me cabe la menor duda de que Arlt leyó el poema de Baudelaire en la edición madrileña de 1905. Por desgracia, citó sin verificarla, con desmemoria y error, y tal vez sin entenderla demasiado, la traducción de Marquina: el primer verso, con una ligera variante, reproduce la misma idea; el segundo es igual, con su injustificable ‘blanca’; “y vamos a los asaltos, vamos” es un decasílabo que se inmiscuye en los alejandrinos, y donde Arlt confundió el vano ‘vanos’ de Marquina con una suerte de epanadiplosis entusiasta (“vamos [...] vamos”), con reminiscencias de estribillo futbolístico; en el último, los ‘gitanos’ expulsaron a los ‘gusanos’.

4. De cómo Silvio Astier nunca llegó a El Palomar

Como tengo acendrada afición a recorrer Buenos Aires y sus alrededores, a caminar, a andar en bicicleta y a viajar en todo medio de transporte público gozando del placer de mirar por la ventanilla, y como me encanta estudiar mapas y planos, y aprender los recorridos de trenes, colectivos y tranvías, no dejé de llamarme la atención el siguiente pasaje del capítulo III:

Leí:

“Se necesitan aprendices para mecánicos de aviación. Dirigirse a la Escuela Militar de Aviación. Palomar de Caseros”.

-Sí, tomas el tren a La Paternal, le dices al guarda que te baje en La Paternal, tomas el 88. Te deja en la puerta.

Quien lee el aviso en el diario es Silvio Astier; quien le brinda las indicaciones del itinerario es su vecina, la señora Rebeca Naidath (o Naydath o Naidach).

Según se informa al principio del capítulo II,

Como el dueño de la casa nos aumentara el alquiler, nos mudamos de barrio, cambiándonos a un siniestro caserón de la calle Cuenca, al fondo de Floresta.

Ahora bien, como la estación Floresta pertenece a la línea del Ferrocarril Oeste (más tarde línea Sarmiento) y como la estación La Paternal pertenece a la línea del Ferrocarril Pacífico (más tarde línea San Martín), lo cierto es que no hay manera de tomar en Floresta un tren que vaya a La Paternal.

Creo que en la indicación suministrada por la señora Rebeca a Silvio Astier se deslizó un error (más bien, un *lapsus*) que sobrevivió en todas las ediciones posteriores de *El juguete rabioso*. Me parece que lo que la vecina, algo caóticamente, quiso decir es:

-Sí, tomas el tren a *El Palomar*, le dices al guarda [*del tranvía 88*] que te baje en La Paternal, tomas el 88. Te deja en la puerta.

El tranvía 88 partía desde Rivadavia y San Pedrito; tomaba San Pedrito, Directorio, Curpaligüe, Donato Álvarez y Trelles. Luego seguía por Garmendia y otras calles, hasta concluir su recorrido en las Barrancas de Belgrano; pero lo que aquí nos interesa es que la estación La Paternal se hallaba (y sigue hallándose) en el punto en que Trelles se convierte en Garmendia (al cruzar Warnes).

De esta manera, Silvio tendrá que caminar desde Cuenca hasta Nazca (tres cuadras), tomar el tranvía 88 (que lo dejará, tal como dijo la mutante señora Naidath/Naydath/Naidach, en la puerta de la estación La Paternal), allí abordar el tren del Pacífico y bajar en la estación El Palomar, es decir, frente a las instalaciones militares que son su destino.

Con este método, podrá llegar; con el que aparece en el libro, será imposible: por lo tanto, jamás habría podido tener lugar la entrevista con los

tres oficiales, uno recostado en un sofá junto al trinchante, otro de codos en la mesa, y un tercero con los pies en el aire, pues apoyaba el respaldar de la silla en el muro [...].

5. Prohibido pisar el esófago

El primer capítulo de *El juguete rabioso* se titula “Los ladrones”. En cierto pasaje, Arlt escribe:

Un agente de policía cruzó el herbero de la plaza hacia nosotros.

De acuerdo con el DRAE, *herbero* (del lat. *herbarius*) no es otra cosa que el “esófago o tragadero del animal rumiante”. Siendo esto así, será difícil representarse un esófago de vaca que descansa en una plaza y que, además, sea cruzado por un agente de policía.

Sin duda, Arlt relacionó el sonido de *herbero* con la *hierba* de la plaza, y obró en consecuencia, utilizando aquel vocablo en lugar de, por ejemplo, *césped*.

6. La venganza del ingeniero

Después de consumada su delación del Rengo, Silvio Astier se presenta, en el tramo final de la novela, ante el ingeniero Arsenio Vitri. Éste, aunque ha sido beneficiado por la canallada, aprovecha la ocasión para humillar al desconcertante Silvio:

-No, venga, siéntese... ¿dígame por qué ha hecho eso?*

-¿Por qué?

-Sí, ¿por qué usted ha traicionado a su compañero?, y sin motivo. ¿No le da vergüenza tener tan poca dignidad a sus años?

Durante dos o tres páginas más continúa un diálogo que no me atrevo a calificar de verosímil: tras haberlo amonestado con severidad, el ingeniero se convierte en súbito admirador de Silvio y termina festejando su “alegría”.

Silvio pide un favor:

-Vea; yo quisiera irme al Sur... al Neuquén... allá donde hay hielos y nubes... y grandes montañas... quisiera ver la montaña...

-Perfectamente, yo le ayudaré y le conseguiré un puesto en Comodoro; pero ahora váyase porque tengo que trabajar. Le escribiré pronto... ¡Ah! Y no pierda su alegría; su alegría es muy linda.

Aquí, como en el caso del tranvía 88, Silvio tiene mala suerte con los itinerarios. Él desea ir al Neuquén, a ver hielos y montañas (nubes también hay en Buenos Aires), y el ingeniero, sin dudar, lo despacha a Comodoro Rivadavia, que no queda en el Neuquén sino en el Chubut, y donde, en lugar de las “grandes montañas” que Silvio quería ver, tendrá que conformarse con la contemplación del funerario cerro Chenque.

*Hay tres maneras certeras de puntuar este sintagma (“dígame por qué ha hecho eso”, “dígame, ¿por qué ha hecho eso?” o “dígame: ¿por qué ha hecho eso?”) y unas cuantas maneras erróneas.

Este artículo fue publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, nº. 653-654, noviembre-diciembre 2004, págs. 179-185.

© *Fernando Sorrentino* 2006

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

El URL de este documento es

<http://www.ucm.es/info/especulo/numero34/especulo.html>

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

